

ARMANDO MENDEZ CARRASCO

**LA
MALA INTENCION**



**EDICIONES
FLOR**

Armando Méndez

Carrasco es un escritor de la vida corriente. Su literatura es la expresión de personajes y hechos de todos los días. Sus resultados poseen el tremendismo y la tragedia de la vida cotidiana. El no ha buscado los excesos ni se solaza en la descripción hinchada de crudeza. No, sólo se ha limitado a entir con calor, con una emoción de hombre sincero, los sucesos más comunes de la mayoría de nuestra sociedad.

Algún comentarista ha censurado la pasión de Méndez Carrasco cuando escribe sobre nuestra desgraciada niñez proletaria o de los habitantes de los cerros porteños, argumentando que es un retórico en pos de una literatura sensacionalista. Sin embargo, Méndez Carrasco es un escritor espontáneo de sus propias experiencias o de experiencias ajenas que vivió de cerca. El no se ha negado a la realidad trágica del pueblo y ha encontrado bondad y poesía en su dolor. Poco, o casi nada, de lo escrito por este autor es producto de su fantasía. Su imaginación creadora se ha ocupado en un acto selectivo de vivencias para llevarlas a una novelística ya casi escrita por los hechos.

Al evocar "Juan Firula", "El Carretón de la Viuda" o "El Mun-

ARMANDO MENDEZ CARRASCO

LA MALA INTENCION

(Cuentos)

Santiago de Chile.

1 9 5 8.

INSCRIPCION N.º 19.821.

PORTADA

Germán Hoffman Galindo



Ediciones FLOR NACIONAL

OBRAS DEL AUTOR

Juan Firula. Cuentos 1948. Agotada.

El Carretón de la Viuda. Cuentos 1951. Agotada.

El Mundo Herido. Novela. 1955. Agotada.

La Mala Intención. Cuentos. 1958.

EL MARINERO DE NAPOLES

(A Rolando Sánchez)

Decidió no embarcarse en EL ROMANO, y cuando éste dirigió su proa rumbo al norte, escondido entre unos sacos de cebada de exportación, se quedó mirando el baile de las gaviotas, el azul del cielo marino y su propio corazón.

De acuerdo con las listas entregadas a la Goberna-

ción Marítima, EL ROMANO debía abandonar Valparaíso a las 10 horas de un caluroso día de verano, y sólo lo hizo al atardecer.

Y en ese extenso lapso que duró el quejido del monstruo de acero sobre el inquietante Pacífico, vio a numerosos marineros que saltaban a tierra en su busca. La imponente chimenea imploraba al joven marinero que volviese. En ese instante él estaba lejano, y sonrió negramente al notar que EL ROMANO desatracaba con lentitud para retornar a las cristalinas aguas napolitanas.

—¡Pietro Bondone! ¿Dónde te metiste, muchacho?

Prefirió quedarse para guardar, en los corazones queridos, la ilusión de que algún día le verían arribar con una bolsa al hombro, con alegre semblante y con la gallardía tan peculiar de los marineros de Nápoles.

Al dejar su escondrijo, el vapor seguía piteando y una estela blanquizca rasguñaba el agua. Por última vez miró la silueta de EL ROMANO, y llegó a sus ojos el rostro arrugado de Giussepe, la enrojecida nariz de Mascaró y los bigotes extravagantes de Giotto. Ahí sintió la voz humana de Vittorio, el veneciano, quien había deseado engañarle con una frase esperanzada.

—Mejorarás, Pietro, y vivirás con los tuyos.

Principió a caminar por la arteria céntrica de Pancho (1) y se detuvo a conversar consigo mismo en un banco de la Plaza Victoria. Allí comprendió en toda su intensidad, que estaba solo, distante de su patria italiana, de su hermosa madre y de sus hermanos menores. A su alrededor, vio parejas encerradas en el egoísmo amoroso; a niños que jugaban con inmensas

(1) Valparaíso.

pelotas de goma e infinidad de peces de color que pirueteaban, a flor del agua dulce, en una fuente vecina.

En EL ROMANO siempre le trataron con ternura; no obstante, él sabía que era una carga para el resto de la tripulación. A poco de zarpar de Nápoles, comenzó a sofocarse. Veníale cansancio primero, luego hinchazón a los pies, y pronto los marinos advitieron que algo anormal ocurría en el muchácho. El médico de a bordo dijo una tarde:

—Pietro tiene una grave afección cardiaca.

No volvió a sonreír, y la marinería, siempre jovial, no dejó que trabajase con la idea de que al regresar a Nápoles le entregarían a su madre para que velase por su salud. Y esta larga amargura que apareció en su vida tuvo su origen en un diálogo que escuchó entre el marinero Vittorio y el médico marino:

—La enfermedad de Pietro es mortal.

Las palabras iniciaron su funesta acción. Por largos días permanecía recostado en una silla de reposo que sus compañeros adquirieron en el puerto ecuatoriano de Guayaquil.

Estos pensamientos, que afloraban tan realistas en el corazón de Pietro, le dieron la sensación de hallarse en su patria, rodeado de su madre y de sus hermanos menores. La brisa marina de la tierra chilena lo condujo de nuevo al banco de la Plaza Victoria. Meditó, traspasando con la vista la cruz de la catedral porteña que vivía a su frente, una y otra vez sobre el destino de angustia que le esperaba.

—¡Non quisiera morire!

Así, entrelazando el idioma de Dante y el castellano, encaminóse a una casa de cambio y tradujo a moneda nacional escasas liras que habían pues-

to en sus bolsillos los marineros-hermanos.

En la tierra del viento —Valparaíso— arañó los letreros en pos de un hotelucho donde pasar la noche.

Se detuvo en la puerta del Majestic y como notase que la puerta olía fétida, se dirigió al Bristol y alquiló una pieza de construcción alta, resentida por la humedad. Una muralla de papel pintado exhibía extrañas inscripciones de seres que se unieron íntimamente alguna vez; más allá fechas, signos y mujeres desnudas. En un blanco costado un corte a cuchillo, y una mancha de sangre falleciente. Un epílogo trágico tal vez.

En una cama de inmundas sábanas dejó caer su cuerpo y su bolsa. Tenía en ella una camisa de mezclilla, un par de canzoncillos y un retrato de sus familiares.

—¡Non quisiera morire!

No bajó sus ojos durante la noche y los gallos cantores del radiante amanecer le azotaron más su corazón. Al dejar el hotel, mantúvose quieto por algunos segundos. ¿Sería la última vez que dormiría en cama?

Con rapidez transcurrió el resto del día, y en la noche siguiente un banco de la Plaza O'Higgins fue su lecho.

Una semana vagabundeó en El Almendral; surgió la fatiga por el hambre inclemente y nació el sueño del cansancio sobre el verde césped de la Avenida Brasil. Semiadormecido, se volvió a recordar de Nápoles, de su madre y de sus hermanos menores.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la vida se había puesto difícil en el puerto napolitano. Los hermanos menores, con sendos cajones de lustrar, limpiaban la cara de los zapatos ajenos. El, entre-

tanto, contrabandeaba, junto a precoces delincuentes, en la bahía de Nápoles. La joven madre, por su parte, salía por las noches y aparecía en la intensidad nocturna con profundas ojeras sexuales.

—Madre, déjame partir y ya no trabajarás más en eso. . .

A veces hurtaba para regresar con algo y otras tantas los carabineros le flagelaban sin cometer delito. Se encontraba en un medio social de odios y pasiones mórbidas, constantemente acosado por el ojo policíaco y bajo la maraña de cuatro murallas negras y horripilantes de miseria. El hambre, la riña de los hermanos por un mendrugo y los gritos destemplados de la madre, le fueron deshaciendo.

—¿Hasta cuándo tus salidas nocturnas, madre?

—¿Qué quieres que haga, Pietro? Los hombres quieren ésto. . . y lo quieren de noche.

Un día embarcó en EL ROMANO. Y cuando éste comenzó a resbalar sobre el sutil elemento rumbo a Valparaíso, se escondió entre las máquinas para evitar la emoción. En el fondo del barco, ya remoto de la tierra amada, una expresión instantánea le conmovió la sangre:

—¡La patria! ¡Lontano dalla patria!

Y en este sueño tan negro, creyendo volver a la tierra sobre el verde césped de la Avenida Brasil, se halló sobre una cama blanca, asistido por mujeres limpias y hombres que minuciosamente le estudiaban.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—¡Pietro Bondone, dottore!

A una señal del médico jefe, la blanca pieza quedó solitaria. Tenía a su frente a un hombre alto, rubio, de lentes ahumados y de rostro sonriente.

—Salvarás, Pietro. . .

—Gracias, dottore. Non quisiera morire. . .

El marinero, en mínimas frases, le contó sus aventuras. Su extenuado espíritu tocó el alma del médico. Se enterneció éste y, luego de acariciarle el cabello, le dejó en el silencio, acompañado por la triste palidez del hospital.

El doctor, que sonreía ante la muerte, se colocó en el drama del muchacho, y le visitó a cada hora y en cada hora frunció más el entrecejo.

—Non quisiera morire, dottore.

En el atardecer la estada del médico se prolongó mucho rato, y el joven marinero sosegó su alma cuando advirtió que su nuevo protector le secaba el sudor de su frente.

—Vivirás, y podrás regresar a Nápoles. En tu patria serás feliz, Pietro Bondone.

—Gracias, dottore.

Por la noche le tuvieron con oxígeno y le aplicaron diversos estimulantes cardiacos.

Minutos más tarde hubo junta de médicos; y todos cruzaron miradas en signos negativos. Pietro moriría, quizás, en la misma noche o con el despertar de los gallos cantores.

El médico alto, rubio, de lentes ahumados y de rostro sonriente, no le abandonó en esos críticos momentos. Y ahí estuvo, observándolo, pendiente de sus últimos gestos. El alma del marinero caminaba en algún punto de Italia o dormía en quietud sobre la silla de reposo que los marineros-hermanos le obsequiaron en la morena república de Sucre.

Al amanecer, cerca de los ojos nublados del médico, el muchacho masculló cortantes palabras.

—Giussepe, Mascaró, Giotto, Vittorio....

Volvióse íntegro hacia el médico, y ambos apretaron sus manos.

—Non quisiera morire, dottore.

—Mañana serás feliz, Pietro Bondone.

El pitear de los vapores sacudió la blanca pieza, y el joven marinero de Nápoles reconcentró aun más su vista en el hombre-médico. Seguían gruñendo las sirenas.

—IL ROMANO, dottore. IL ROMANO...

El científico se mantuvo estático, y luego le dijo que pensase en Dios, en su madre y en sus hermanos menores. El marinero hizo un esfuerzo y le pidió que le abriese una ventana. El creía ver el océano y escuchar el bramido de las olas.

Se abrazó del médico; permaneció con sus ojos muy abiertos y sus labios huyeron.

—Che triste morire lontano dalla patria, dottore.

El médico le tapó la cabeza y los barcos cesaron sus cordiales saludos.

LA MALA INTENCION

Había deseado traspasar la barrera humanística. ¡Sexto año de humanidades! Después, quizá, vendría una carrera. ¿Quién se oponía a sus nobles impulsos? ¿Quién? Muchos factores salían en su contra. Su padre no podía más.

—Con tercer año basta. Es lo que necesitas para

iniciarte como vendedora al mostrador.

Y ella, muda, entornaba sus soñadores ojos.

Un volcán hervía en la cabeza de la muchacha, y no podía rebelarse. Sin morderse, observaba a sus compañeras liceanas que tenían destellos de grandeza en sus dentaduras de oro y porcelana. ¡Qué tranquilidad se veía en el corazón de esas almas juveniles! Ella era una actriz sin escenario, atada, serena.

Todas sus compañeras de banca pensaban conseguir un título universitario. Magaly, por ejemplo, de físico esplendente, anhelaba doctorarse en Filosofía. Y la pizpireta y chillona Angélica, émula del viento en gracia, que ceñía faja y corset, añadía refiriéndose a las altas aspiraciones de Magaly:

—¿No será mucho, Magaly? Doctora en coqueteería querrás decir...

Y ufana y orgullosa, como la mariposa de la poesía, se paseaba y erguía con vigor sus rígidos pechos de muchacha sana.

Sólo un tercer año de humanidades para alcanzar un puesto de dependiente en una tienda céntrica. ¡Qué amargura! La mínima y dulce Rosana miraba el fondo de la vida y se retorció en sudor bajo las sábanas de su cama.

Sus amigas liceanas, algunas altivas y otras comprensibles, le habían preguntado en muchas ocasiones por qué no se decidía a continuar estudiando el próximo año. La muchacha, que tenía el corazón en los ojos, sonreía levemente y desaparecía en silencio.

—¡Qué rara es esta Rosana!

A la fecha, tenía las mejores notas del curso, mas su ropa estaba cansada y triste. El tiempo había ajado, notoriamente, su blusa de popelina blanca. Su pollera azul estaba brillante y sus otros vestidos repre-

sentaban un drama mudo, desconcertante.

—Yo quisiera un traje nuevo para mi cumpleaños, padre.

Y vino el día en que cumpliría los tres lustros y no hubo dinero para comprar una bata nueva. Muy luego reconfortóse y sus compañeras, como ignoraban tal hecho, no la agasajaron.

¡Qué diferencia con la vida de Magaly y Angélica! En sus hogares fulguraban las fiestas y la risa era limpia, transparente, lejana de problemas económicos. Hacia la fecha, nadie despreciaba a Rosana y constantemente figuraba en las listas de invitadas; pero ella no podía asistir a esas recepciones principescas y daba una excusa simple, humana, sobria.

—¿No sabes, Magaly, que no me gustan las fiestas?

Y olvidábase de su edad, de sus labios hermosos, de su cabellera larga y se perdía en montones de libros que conseguía entre sus amigas. Sobre todo "María", como documento romántico, le fascinaba. Pero no quería ser la heroína de Jorge Isaac. También, para recreación momentánea, le agradaban ciertas novelas livianas que leía cuando su padre había cerrado sus ojos para iniciar el gran concierto nocturno de ronquidos y estridencias naturales. Con todo, era una muchacha moderada: pretendía serlo por lo menos. Quién sabe si sus pensamientos iban más lejos y soñaba con una posición más liberal, más a tono con la época. ¿Entregar su corazón? Mas ella no podía comportarse en forma superficial: vestía con modestia y eso era peligroso, peligroso porque los pretendientes podrían ver la otra cara del asunto y entonces caería, como habían caído tantas muchachas y compañeras liceanas.

—Me tomarían por una mujerzuela y eso ¡nunca!

—La ropa influye —se dijo.

Y Rosana había observado que si una muchacha bien vestida se paseaba ante una hilera de jóvenes, ocurría algo concluyente: los piropos, casi siempre, eran delicados, finos, a tono con la ropa. El problema mostraba otro cariz si una jovencita se cubría con modestia. Entonces las frases eran encendidas, oliendo a sexualidad barata.

Rosana tenía sus problemas que subían al cielo como sus altos pechos redondos y alocados.

En el liceo, en mérito de su aplicación, había muchas manos que saludaban su talento y Rosana se sentía dichosa que, no obstante su condición de pobreza, la quisiesen. Ella sabía responder a sus compañeras con una sonrisa amplia y con ternura de hermana.

Sin embargo, una serie de acontecimientos bajos fueron disminuyendo la serena personalidad que había demostrado la liceana hacia la mitad del año escolar. Detalles insignificantes le inclinaron su vida. ¿Por qué de tan súbito cambio? Tenía habilidad para los ejercicios físicos; mas no podía lucirse en gimnasia porque le faltaban zapatillas de goma, pantalones de piel y una blusa blanca abotonada hasta el cuello. Tampoco cumplía con la maestra de labores, y la profesora de dibujo le exigía, casi con grosería, una caja de acuarela de procedencia alemana. El resultado fue rotundo: muchas notas de mala conducta. ¿Mala conducta? Sí, por mala conducta, porque las pedagogas veían negligencia y capricho en sus pasos. Las educadoras no podían concebir que una niña le faltase dinero para atender a sus necesidades esenciales. El fondo social no querían comprenderlo y estaban ahí para criticar sin ton ni son. Rosana, entretanto, se ponía triste.

Estas y muchas otras causas motivaron la triza-

dura total de Rosana y el plantel secundario debió ser testigo de un hecho penoso que trascendió de boca en boca y se deslizó por los caminos hogareños. Se derrumbó la liceana y sus ojos no volvieron a reír por algún tiempo. ¿Qué le pasó a la niña?

—La Rosana es mala, señorita. . .

Días antes había asistido a la matinée con un muchacho de aspecto sencillo. ¡Terrible delito! La profesora de dibujo la sorprendió en el foyer. Rosana pensó hacerle una venia, y la maestra esquivó los ojos. La muchacha entró en tensión, y por primera vez razonó acerca de si habría pecado en aquello de asistir a una función de cine acompañada de un jovenzuelo de su misma edad. ¿Qué malo habría en eso de sentarse ante un telón y ver una película?

—Nada —se dijo, y se miró de cuerpo entero.

Vino la iniciación de clases y las cartas se mostraron sobre el escritorio de la directora. Allí estaban las profesoras de dibujo, de labores y educación física. Hacia el rincón, bajo la silueta de Bernardo O'Higgins, la muchacha, cual perro entumido, esperaba. La liceana se veía humilde, serena y su vista, aunque imprecisa, iba a morir suplicante sobre la sombra estilizada de la profesora de dibujo. Cuando las educadoras volvieron sus rostros, Rosana se encogió de terror.

—Va el prestigio del Liceo, Rosana.

—¡Es una falta grave!

La maestra denunciante erguía los brazos y sacudía el escritorio de la directora como incitándola a la inflexibilidad. Esta observaba a la niña, y no se decidía a tomar ninguna resolución. Por último, se puso de pie, caminó en semicírculo y se enfrentó a Rosana.

—¿Por qué tiembla, niña?

—¡El delito la acusa, señora directora!

Se atolondró la acusada; quería huir al patio y salir a la calle. Mas ahí estaba la directora y la actitud poco amistosa de la profesora de dibujo.

—Es cierto que he ido a la matinée, señora directora.

Sobre la cabeza fina de Rosana, no había ya temor.

—¿Sabía tu madre de esos pasos?

—Mi madre está en el hospital, señora directora.

Una arruga alta grabóse en la frente de la pedagoga.

—¿Y tu padre?

—El sale por las mañanas y no regresa hasta el anochecer.

—Y tú, ¿dónde almuerzas?

Aquí Rosana tartamudeó y no pudo expresarse con seguridad. ¿Tendría que mentir para calmar el hambre ajena? ¿Podría decirles la verdad? ¿La comprenderían? Masculló para sí algunas palabras y con la cabeza en alto confesó a la directora:

—Yo no almuerzo, señora directora.

Conmovióse la directora y el profesorado retrocedió. Rosana había inclinado su cabeza hacia el hombro izquierdo, y sus ojos se dieron a un llanto tenue. Sin embargo, el dramatismo del momento pasó inadvertido para dar campo a otra intencionada suposición de la maestra de dibujo.

—Alguien ha denunciado, también, que no llevas ropa interior. ¿Es verdad?

La liceana sentía que las fuerzas le abandonaban. Quería gritarles su odio y salir disparada hacia la calle, olvidándose, definitivamente, que era educanda fracasada.

La directora entornó la gran mampara de cristales multicolores y ordenó a la profesora de dibujo que le recorriese el cuerpo.

La niña se opuso y dijo con naturalidad:

—Sí, señora directora. No llevo ropa interior. No llevo nada. ¿Sabe lo que hice con mi ropa? Se la entregué a mi madre para que no fuese desnuda al hospital.

Rosana cayó sobre un sillón y las maestras comprendieron tardíamente que habían cooperado a la destrucción de una muchacha pobre y honrada. Volvió a la sala, y las compañeras la rodearon, besándola sin saber por qué.

Sobre el liceo hubo esa mañana un rayo grande de luz que se posó en el corazón de la niña. Rosana, por fin, no estaba sola. Por su parte, Magaly y Angélica prometieron ayudarla, y la liceana pudo almorzar, alternativamente, en los hogares amigos.

Muy luego Rosana sufrió metamorfosis espiritual. Comprendía, no obstante la nobleza de Magaly y Angélica, que el curso la tenía entre ojos. Sí, ella sabía que no podían tolerarla. Vestía muy mal y esto no lo soportaba el común de sus compañeras. Magaly y Angélica la cubrieron de ropa interior; empero eso no bastaba. Muchas miradas desconfiadas se levantaban en la clase, y además ciertos hurtos como hecho superior. Rosana estaba en tela de juicio: había asistido a la matinée con un jovencito; no llevó ropa interior durante algunos días; no almorzaba, vagando por las calles céntricas de la capital. Había muchos dedos en alto y la pobre muchacha en constante sudor.

Una mañana la niña fué sacada violentamente de la sala. La profesora de dibujo sonreía diabólicamente. Un murmullo se dejó oír en el aula.

—¡La Rosana es una señorita!

—¡No permitiremos un atropello!

Sonó el timbre y vino un recreo angustioso.

Magaly reunió a las compañeras de curso en un extremo de la cancha de basket-ball y lanzó sus hermosos ojos sobre la inquieta juventud. En gran algazara las liceanas la rodearon y ella levantó su voz, estimulada por los acontecimientos:

—Nadie podrá dudar de Rosana. Es inocente de los robos que se cometen en nuestra sala. La humildad en el vestir no es causa de condena.

—¡Viva la Rosana!

—¡La Rosana es inocente!

Un coro agitó la mañana: había que salvar a Rosana. Entonces ellas se buscaron.

—Nadie podrá negarse a que nos trajinemos.

—¡Nadie! —dijo el curso.

Y las alumnas, unas a otras, se trajinaron. Después nadie podía comprenderlo. A Elisa se le saltaron los ojos y se puso lívida. Por último, tornóse a llorar, diciendo que era ella la autora de los hechos delictuosos. Nunca dudaron de esta educanda distinguida y altiva. Ya vencida, se arrodilló ante el curso, pidiendo perdón:

—Yo soy la ladrona...

Las muchachas se sintieron conmovidas...

El grupo liceano corrió por los patios hacia la oficina de la directora, y la niña en delito se quedó sola.

En el instante, no podía decirse qué acontecía en el corazón de Rosana, quien se había refugiado en el Gabinete de Física en espera de la sentencia máxima. A través de un altísimo ventanal, destellaba el astro, cuyos rayos caían precisos sobre un reloj de arena, rebotando la luz hacia una balanza que representaba

un motivo de justicia y sabiduría.

En la oficina contigua había Consejo de Profesoras para tratar la grave situación en que se hallaba Rosana, quien estaba sindicada como vulgar ladrona. La muchacha, presa de histerismo, caminaba de un lado a otro, escuchando los intencionados comentarios, las erradas opiniones y el griterío estridente de la profesora de dibujo. Luego creyó derrumbarse al captar una palabra seca e hiriente:

—¡Expulsión! ¡Expulsión!

Entonces Magaly y sus compañeras interrumpieron el Consejo para explicar que en esta ocasión no habría injusticia, pues la auténtica culpable esperaba cabizbaja en la sala.

—¡Rosana es inocente, señora directora!

Entonces, en gran tumulto, maestras y alumnas se dirigieron al Gabinete de Física para abrazar a la niña; pero ya era tarde: en busca de descanso había huído hacia la calle.

... Quizás no lo quiso; empero su loca carrera concluyó bajo las ruedas de un tranvía.

El Liceo, en holocausto a la muchacha, inició un recreo interminable. . .

EL TROMPETISTA DE HARLEM

(A la memoria de León Beiderbecke, "Bix", cuya prematura partida inspiró este trabajo).

“El jazz es música del corazón, no mente”.

Willie Bunk Johnson

“Para acercarse a ciertas obras, se precisa una mente muy despejada; no se debe juzgar a éstas de acuerdo con otras. El gran error de los críticos —y esto es verdad, aún, de aquellos que están interesados en las nuevas formas del arte— es el considerar una equivocación o torpeza todo aquello que es diferente a las más viejas formas de arte”.

Jean Cocteau

“Toda nueva forma en arte —sea música, pintura o literatura— provoca, invariablemente, violenta oposición. El jazz no es la excepción. De todas las nuevas formas en arte, es la que posiblemente, haya tenido mayor oposición. Hoy, después, de muchos años de vida, está, aún, muy lejos de una victoria completa”.

Hughes Panassié

“El jazz es la creación artística más perfecta porque no tiene ni principio ni fin”.

Jean Paul Sartre

Por fin, Bix, músico blanco de Harlem Club's, comprendió que por última vez erguía sobre sus hombros su blanquísima trompeta.

Después vino una fatiga larga y abandonó el próscenio giratorio acompañado por Harry Black. En el camarín, vio que su garganta reventaba en hi-

lillos de sangre negruzca. Harry Black, guitarrista de color de los Chicago Rythm Kings, le reconfortó con bondad:

—Ya pasará esto, Bix.

Harry Black le condujo al Sanatorio de Hamilton, ubicado en las afueras de Nueva York, lugar donde el músico había estado recluso por luengos años. Y ahí quedó Bix, en absoluto reposo, rodeado de la tenebrosa blancura hospitalaria.

Muy pronto entró en cansancio y hasta le pareció que las imágenes de sus amigos huían.

—¿Estás aquí, Harry?

El guitarrista le secaba el sudor y Elianne, la joven enfermera, no dejaba de mirarla con profundos ojos amorosos...

A ratos, Bix, tenía instantes de lucidez y entonces surgían frases entrecortadas.

—Perdóname, Elianne.

Desde la infancia le atrajo el jazz y soñó con una trompeta plateada que tuviese dibujos y grabados famosos. Para conseguirla, no trepidó en trabajar de suplementero, de lustrabotas, de copero, de barredor; pero jamás el dinero le fue suficiente para adquirir tan extraordinario instrumento.

Una noche incendióse la Casa Wagner, del Central Park, y en un descuido de los bomberos hurtó una trompeta que apenas había sido alcanzada por las llamas. Ahí, el muchacho, pensó que la felicidad no estaba lejana y que algún día él podría tocar la trompeta con emoción, como solía hacerlo Louis Armstrong, la estrella negra de New Orleans.

—¡Perdóname Elianne!

Bix se había criado en el bajo Harlem, junto a la vida, junto a la sangre caliente de los negros heridos.

Muy pronto nada se opuso a su destino y se le

vio caminar paso a paso, en pos de una ruta que diese campo a sus inquietudes. El amaba el jazz; sentíase atraído por el Estilo Chicago, tendencia que había hecho famoso a Louis Armstrong, la luminaria "obscura" del *hot-jazz*. Bix, igual que Armstrong, "no podía vivir sin un poquito de swing de vez en cuando, más bien casi siempre".

Y Bix, de raza blanca con alma negra, comprendió que esa música le ayudaba y que ese ritmo que para muchos sólo significaba locura, para él constituía algo tan esencial como el oxígeno.

—Yo seré improvisador de jazz. . .

No obstante, el esfuerzo sobrehumano por cumplir una misión abnegada, como consecuencia lógica, le puso pálido el rostro y largos e infinitos los dedos. Las transnochadas le consumieron la materia. La música, único lenitivo superior, quería escaparse de su vida, y, decididamente, Bix, entristeció como los cisnes.

—Yo seré improvisador de jazz.

De muchacho, entonces, recluyóse en el Sanatorio de Hamilton, vecino a la gran urbe neoyorkina, y desde ahí se entregó a negativos e inacabables sueños. Mas tuvo la inteligencia de comprender que había que cuidarse para que en una fecha, no remota, la vieja trompeta volviese a sus pálidos labios. Entretanto, ella dormía en un rincón de la oficina estadística, y estaba lánguida porque su amo palidecía.

—Hoy iré a ver mi trompeta.

Y el joven músico, como midiendo los pasos, cruzaba los inmensos pasillos, dejaba vagar sus ojos hacia los altos eucaliptos y caía como un ladrón en la oficina de Elianne, la enfermera jefe del plantel hospitalario, que tenía bajo custodia el maravilloso instrumento. Y la muchacha, la gentil Elianne de dorados

cabellos, le seguía y cuando Bix, creyéndose solo, levantaba la trompeta para llevarla a sus labios, le interrumpía:

—No, Bix. Todavía no, Bix. Ya vendrá el día en que tocarás para mí.

Y la enfermera le arrebatava el instrumento y se encontraban. Un sentimiento indescriptible los hermanaba desde hacía mucho tiempo.

—No puedo, Elianne. No puedo vivir sin mi trompeta. ¡Déjame tenerla a los pies de mi cama!

—Ya vendrá el día en que tocarás para mí.

—¡Déjame, Elianne! Yo la tendré sólo en mis manos.

Y Elianne le pasaba el instrumento por algunos segundos y también secaba su rostro sudado de emoción.

Como sintiése la excitación del músico, la enfermera prometió conseguirle permiso con el Médico-Jefe para llevarlo una noche al Club de Jazz de Louis Armstrong, el Harlem Club's.

—Y yo podré llevar mi trompeta. ¿Verdad?

—Llevaremos tu trompeta, pero no podrás tocarla...

El aprobó y Elianne pasó por la mente de Bix como una diosa.

Y una noche sabatina, Bix, protegido por la enfermera jefe, vistió blanquísimo terno de lino, camisa de seda negra, zapatones albos y corbata perla. El conjunto dióle vistosidad a su rostro y la palidez mortal se puso en fuga. Una larga sonrisa de satisfacción daba luz a la cabeza armoniosa de Bix. Ahora sí que volvían sus días de luces y colores y, además, su buen humor se justificaba, pues Elianne le conducía del brazo y esto no tenía nombre para el corazón raído y azotado de Bix. La muchacha consti-

tuía para el músico algo tan extraordinario como su instrumento, y él sabía que podía morir en sosiego vigilado por los suaves ojos de Elianne, la dulce enfermera del Sanatorio de Hamilton. ¿Pero no sería Elianne con todos así? ¿Habría cariño lastimoso? Bix no deseaba comprobarlo: el golpe podría ser definitivo. El trompetista razonaba como un niño y ella le permitía todos sus caprichos. Elianne presentía la partida de Bix y por eso quería permanecer el mayor tiempo a su lado. ¿Prejuicio? La enfermera no los veía. Ella miraba en el enfermo un niño grande que podría bajar sus ojos, quizás, apenas cumplierse los cinco lustros.

—Bix no morirá —y se engañaba a sí mismo.

Entonces se imaginaba verle desde mocosuelo, azotando sus pies sobre el asfalto blando de las calles asoleadas de Chicago. O jugueteando, sin sentido, por las afiebrantes avenidas de New Orleans, Detroit o por las turbulentas callejuelas de Harlem.

¿Y cómo se percató Bix de que vivía en un mundo de luces y de sombras? Nunca lo entendió y su presencia terrenal tenía, según él, el hallazgo de lo maravilloso y extraño.

Una *jam session* le despertó una noche y se halló en medio de clarinetes, trompetas, saxófonos, guitarras, baterías y piano. En recia improvisación, se interpretaba el Saint Louis Blues, de William C. Handy. De allí, Bix, creyó que el dolor no rezaba en los seres de la tierra. Pensó que la emoción derivada del jazz, unía; no existía diferencia racial. Los rostros se confundían. Negras y blancas manos se estremecían. ¡Qué instante para Bix!

Y después vino la otra cara de la moneda y se halló en las calles neoyorkinas pregonando el New York Times. Más allá una sombra larga, la noche del

pan y el dolor de vivir entre seres de raza negra, seres deshechos que sublimaban su vida a través de notas que subían al cielo, golpeaban y volvían sumisas a la tierra altiva de los hombres blancos. El jazz imprimía en el pueblo negro un afán constante: olvidarse de las odiosas diferencias. ¿Acaso esa música no poseía un sentido universal? Así lo comprendía Bix: el jazz estaba impreso en sus largos ríos sanguíneos. Desentenderse era traicionarse y Bix, igual que Armstrong, iba perdido en todo "menos en darle swing a la buena trompeta vieja".

Era un adolescente cuando fue invitado a una *jam session* en que participaban los más destacados músicos *hot* y conjuntos de New Orleans. Allí vio por primera vez a King Oliver, a Louis Armstrong, a Jean Goldkette, a Paul Whiteman y a otras estrellas que sobresalían en el Estilo Chicago. Posteriormente conoció a Jimmy Mac Partland, a Bunny, a Muggsy y al notable conjunto de los Orleans Rhythm Kings. Bessie Smith y Ethel Waters impresionaron sobremanera el humilde corazón de Bix. Por su majestad, él suponía que Bessie destellaba como una luz en el Harlem.

Bix se hallaba en mitad de un mundo negro y penetrante. Era un actor acogido por la furia del jazz caliente. Inconscientemente sintió que un deseo bestial le asía por los brazos. Quería agarrar su trompeta y gritarle a los hermanos negros que él deseaba llorar y que le tenía miedo a la vida.

Ethel Waters, la lady crooner, de cuerpo suelto y pechos alocados, le acarició la cabeza y el muchacho sonrió. ¿Cariños? Bix no los conocía. Había vivido cortos años, sin base, desequilibrado, distante...

Y esa noche se inició el concierto de jazz con un soberbio ataque de los Orleans Rhythm Kings, y se elaboró sobre un tema que hacía furor en los diver-

esos conjuntos de La Unión, Tiger Rag, que Nick La Rokke compusiera hacia 1920. El clarinetista Kat Nagel capitaneó el conjunto y actuó de solista Louis Armstrong, siendo a ratos reemplazado por King Oliver. Tel Kenton sobresalía en trombón, Jones Saxto en batería, Harry Black en guitarra; en contrabajo de cuerda Elten Flindt y Thomas "Fats" Waller en piano. El saxófono alto estaba en manos de Cornelius Johnny Hedges, músico de color que lograba un inigualado swing a su instrumento. Bessie y Ethel tenían la responsabilidad del canto.

Ante el sorprendente ataque de los Orleans Rhythm Kings, Bix sintió que la sangre quería escapar por sus cabellos.

—Yo tocaré la trompeta— se dijo.

Kat Nagel lo vio con los brazos en el aire, alucinado, con ojos llorosos, descompuesto. King Oliver, el anciano trompetista de New Orleans, le alcanzó el maravilloso instrumento. Se ejecutaba en ese momento un tema libre sobre motivos clásicos y los instrumentos, en recia anarquía, originaban un vibrato que trasminaba. El lugar estaba repleto de gente de color y en los grandes rincones umbríos, a ratos, resplandecían fognazos magnéticos. Los fanáticos blancos no estaban ausentes. El humo rubio concentraba su potencia hacia los torrentes de luz que expedían los grandes reflectores. A intervalos, ante los soberbios solos de clarinete de Kat Nagel, Harry Black y Louis Armstrong, parecía que la vieja sala se derrumbaba. Los finales de Bessie Smith poseían la virtud de desdoblarse en gracia y dolor. Allí se aplaudía frenéticamente y se decía, con autenticidad, que estos aplausos producían rabiosa emoción, prolongando el éxtasis en los propios músicos y espectadores.

El muchacho tenía la trompeta en sus labios y

esperaba la señal de Oliver para actuar. ¿Podría arrancarle al instrumento el tono excepcionalmente bello de Armstrong? El había practicado, escondido, tantas piezas. Tenía fe. Ahora por primera vez iba a cumplir algo extraordinario en su naciente vida.

Y como era un muchacho aún, le subieron sobre un alto pupitre para que todos le viesen y él consiguió admirarles y retenerles por largos minutos. Dejó partir su emoción con "Singin the blues", que antes había escuchado a Fletcher Hendersen, y logró tal sentimiento para el tema que el propio Armstrong vio en Bix que una luz nueva nacía sobre el firmamento jazzístico universal. El muchacho debutaba en un nuevo mundo. ¿Un mundo nuevo? Para él sí, porque desde ese instante comprendió que algo le ayudaba a vivir. Además, veía miles de brazos protegiéndole.

—El jazz es un milagro— se dijo.

Tal sus recuerdos mientras Elianne le conducía del brazo camino del Club de Jazz de Louis Armstrong, que se erguía en una estrecha y luminosa calleja del barrio Harlem de Nueva York.

Luces de colores se entrecruzaban en la vieja sala, luces que poseían el secreto de transformar en albos los rostros oscuros y anular la blancura natural de los otros hombres. En el instante, el quinteto de Louis Armstrong improvisaba alrededor de una composición de Duke Ellington, "Black and Tan Fantasy". Ethel Waters, con fuerza creadora, respondía en el estribillo.

Bix, sostenido por la joven enfermera, apareció majestuoso y se ubicó en uno de los primeros sillones que se reservaban a los críticos y a las notabilidades cineastas que, a veces, solían venir para deleitarse con la voz ronca de Louis Armstrong, para admirar a Gene Krupa, a Bellie Holiday y a los ases de la guita-

rra Eddie Lang y Harry Black.

Los potentes reflectores de color ubicaron el rostro de Bix y todos los asistentes se congratularon al verle en tan excelente compañía. Oliver y Armstrong lo saludaron con "China Boy". Aplaudían a Bix que volvía sereno, protegido, con su instrumento bajo el brazo. Mas él no podía tocar su trompeta, porque Elianne se lo prohibía, y las súplicas amorosas no surtían efecto.

—Ya podrás, Bix, y yo vendré todas las noches a oírte.

Un coro cerrado movió a los espectadores y Gene Krupa hizo vibrar los timbales. La sala hervía de gritos y el ritmo trasponía la barrera emocional. El humo platinado estimulaba los corazones.

Bix sintió que se desgranaba.

—¡Déjame, Elianne!

En ese momento Armstrong, desde el proscenio giratorio, lanzóle melodiosas frases y Bix se movió como un muñeco.

—Comming Big. We want to heard you, now. Comming Bix.

Elianne se abrazó de Bix y no lo dejó partir. La muchacha comprendía que si tocaba se dañaría y, entonces, la responsabilidad y el problema moral se agudizarían en los largos días del Sanatorio de Hamilton.

—No, Bix. Si tocas, me voy.

El músico creyó dominarse y se friccionó la cabeza.

—Sólo intervendré en el coro, Elianne. ¡Déjame, Elianne!!

Entretanto, Armstrong, apasionado, ¡forcejeaba!

—Comming Bix. We want to heard you, now. Comming Bix.

Elianne se paró furiosa y Bix corrió al proscenio. Ella se dirigió al vestíbulo. Al traspasar la última salida, sintió el hermoso vibrato que emergía del alma de Bix. Se detuvo y retrocedió. Escondida entre cortinajes de terciopelo, asistió a la representación del músico enfermo, quien, bañado por los focos de color, se veía altivo, sereno, tranquilo... Bix hacía ahora de solista y elaboraba acerca de "Memphis Blues". La enfermera comprendió que le amaba, porque de sus ojos descendían lentas lágrimas. Tanto los espectadores como sus hermanos músicos podían sentirse orgullosos: Bix tocaba la trompeta con maestra soltura. Cuando el músico concluyó, una justa ovación se dejó oír en las altas murallas de la sala. El trompetista caminó entre brazos y fue a cobijarse bajo la mirada de Elianne.

—Hemos retrocedido tres meses, Bix.

—¡Perdóname, Elianne!

Y desde ese instante el músico empeoró. La palidez se acentuó y la enfermera se sintió oprimida. Había algo que ella no entendía. ¿Por qué Bix se mostraba tan decaído? Las dietas y el tratamiento de reposo se cumplían fielmente. Sin embargo, Bix, retrocedía. Sus ojos grises empezaron a tornarse nublosos; su cutis púsose lívido y los pómulos se precipitaron por la carne distante. La muchacha tuvo el presentimiento de que Bix partía. Ella, para alegrarle, le permitió que el instrumento quedase a los pies de su cama. Bix prometió no tocarlo...

Intermitentemente el músico guardaba cama, y Elianne le prodigaba las mayores atenciones. A veces Bix le recibía terco y la muchacha le explicaba que también debía cuidar de otros pacientes. Elianne llegó a asustarse: ¿no le harían mal sus visitas? ¿Qué proceso se originaba en Bix ante sus visitas? Y Elian-

ne dejó de verle durante dos, tres días . . . Aparentemente se desentendió de él. Ella recomendó su caso a otra enfermera, mas le siguió observando sin que el músico se percatase de su presencia. Con todo, sus ojos estuvieron sobre el corazón de Bix. Finalmente, Elianne, pudo comprobar que el trompetista retrocedió más aún, y entonces la muchacha le visitó una tarde.

—¿Por qué te alejas, Elianne?

Ella le acarició las manos, y le besó la frente reseca.

—¿No sabes que la dirección ha creado un nuevo pabellón?

Y Bix se conformó, y le miró apasionado.

Con posterioridad, hubo reunión de médicos y todos pensaron que el músico se iba. La joven enfermera decidió cuidarlo por la noche. Se hizo habilitar una pieza contigua. Vino la quietud nocturna y la muchacha se recostó pensando en Bix.

A medianoche sintió extraños ruidos que provenían del blanquísimo cuarto de Bix. ¿Venía la muerte por él? Se vistió presurosa. Caminó hacia la pieza del trompetista y le halló, ¡oh desengaño!, correctamente vestido y con el instrumento bajo el brazo.

—¿Qué significa esto, Bix?

El músico le dijo que le perdonase, pues una fuerza misteriosa le daba vida por las noches.

—Hace ya algunos meses que toco en la banda de los Chicago Rhythm Kings, del Harlem Club's. Hubiera deseado no engañarte, pero no puedo Elianne. ¡Ya nadie me detiene!

—¿No comprendes, Bix, que te va la vida?

—¿Qué más da, Elianne?

El trompetista burlaba la vigilancia nocturna y se iba a los clubs del barrio Harlem. Así había mi-

nado su vida y hallado un equilibrio que, fatalmente, le conducía al silencio.

Bix le rogó a la muchacha que le dejase partir por esa noche, y Elianne consintió y dióse, como otras veces, a un llanto suave y largo.

—Protege a Bix, Señor. . .

Esa noche, alrededor de los Chicago Rythm Kings, se reunió un número excepcional de intérpretes de *Hot-Jazz*. Se elaboró, primeramente, sobre "I want to cry" y Bix sacó tal partido para el tema que todos los contertulios concluyeron en extraño frenesí.

. . . Y después vino esa fatiga larga y el trompetista, sostenido por el guitarrista Harry Black, abandonó el proscenio giratorio del Club. Harry, en los albores de esa madrugada, le restituyó al Sanatorio de Hamilton, donde Bix sintió apagarse su vida.

Elianne le recibió confundida y los médicos, que fueron llamados con urgencia, movieron la cabeza. Bix moriría en el atardecer, seguramente, cuando los cisnes del sanatorio encorvaran sus picos a la tierra.

—Y si Ud. sabía, Harry, ¿por qué no me lo dijo?

El guitarrista le explicó que Bix siempre mostraba buen humor y colores vivos en las mejillas. Entonces la muchacha condujo a Harry al lecho del enfermo y le pasó un pañuelo por el rostro lejano.

—Colores vivos, ¿eh?

Harry vio que el pañuelo se impregnaba de *rouge* y colorete carmesí.

—¡Bix se ha matado, Harry!

El músico de color tembló de miedo y se pasó la mano por la frente.

—¿Pero es posible, Elianne?

Por la noche vinieron a verle los músicos que habían actuado junto a él en la trágica víspera. Llegó Louis Armstrong, King Oliver, Thomas "Fats" Waller,

Bessie Smith, Ethel Waters, Gene Krupa, Benny Goodman, Fletcher Henderson y los hermanos Dorsey.

Bix, remotamente, los miró y les pidió que le tocasen "Everybody loves my baby". Armstrong tomó la trompeta de Bix. Los músicos se agruparon. Elianne, inmóvil, se afirmaba del brazo inquieto de Harry Black.

—Toquen, muchachos— musitó Bix, mirando a la enfermera.

Y mientras rápidas lágrimas descendían por las mejillas de Elianne, Armstrong elaboró hermoso fraseo en torno de "Everybody loves my baby".

Después Bix se encogió inconsciente. Más allá de la noche, sobre un firmamento de estrellas, la melodía rebotaba en el alma de Bix.